



LAURA GALLEGO

DONDE LOS ÁRBOLES CANTAN

PRIMEROS CAPÍTULO

sm



DONDE LOS ÁRBOLES
CANTAN



Laura Gallego García



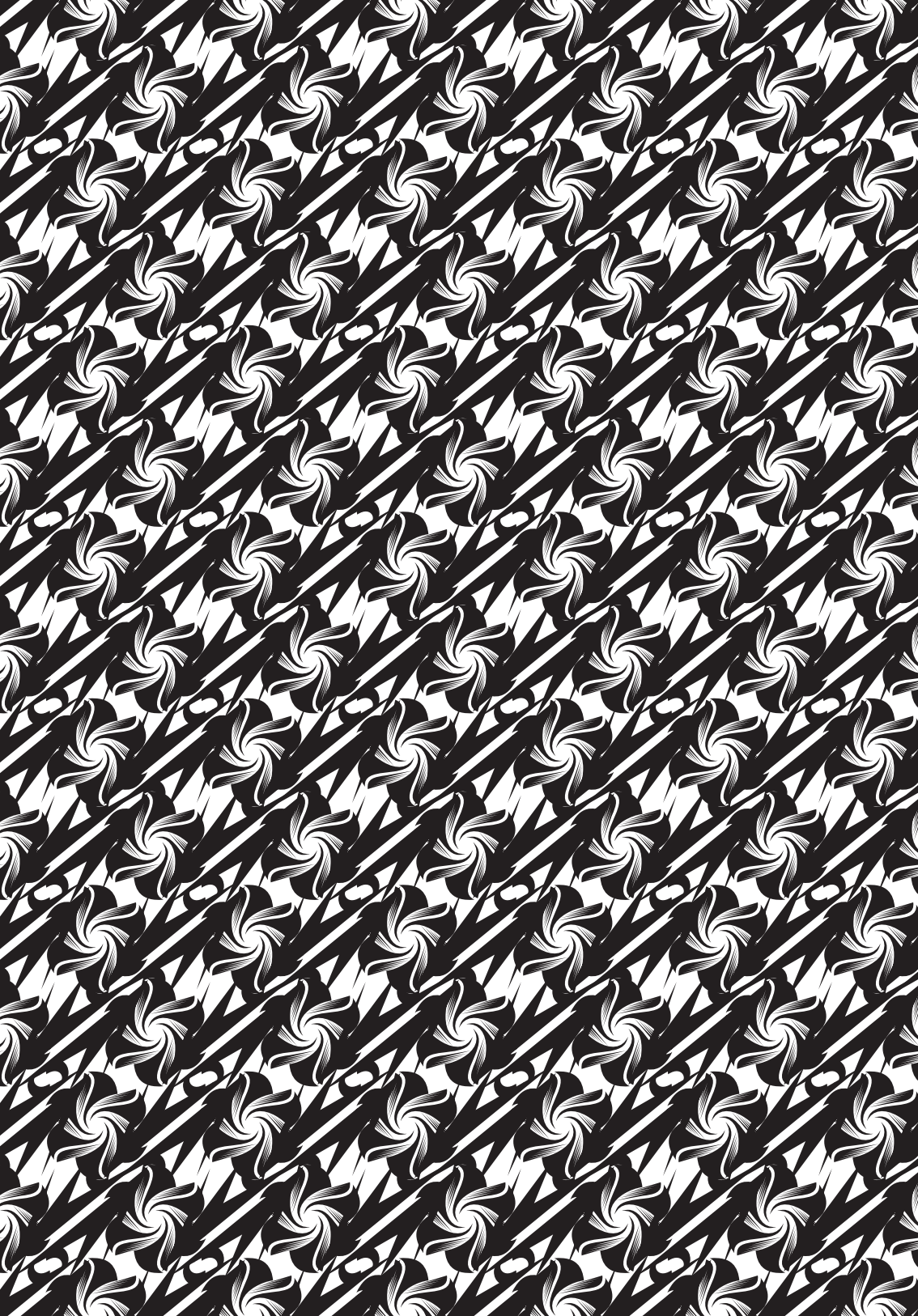
Primera parte

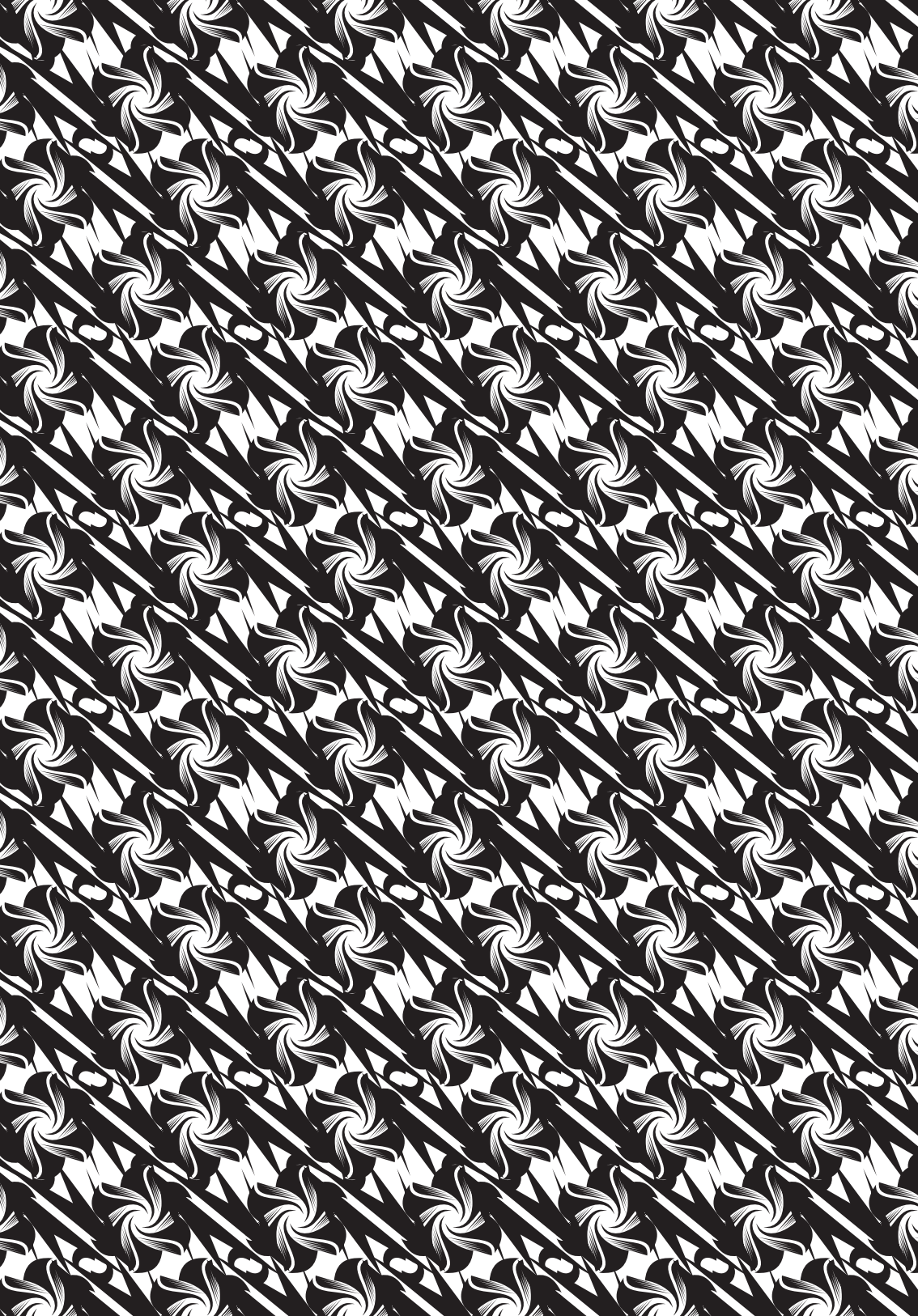
VIANA

Al segundo día atravesaron el País de los Árboles Cantores. Cada uno de los árboles tenía una forma distinta, hojas distintas, distinta corteza, pero la razón de que se llamara así esa tierra era que se podía escuchar su crecimiento como una música suave, que sonaba de cerca y de lejos y se unía para formar un potente conjunto de belleza sin igual en toda Fantasia. Se decía que no dejaba de ser peligroso caminar por aquella región, porque muchos se habían quedado encantados, olvidándose de todo.

MICHAEL ENDE, *La historia interminable*









CAPÍTULO I



e la celebración,
del solsticio,
del relato del juglar
y de la advertencia
del caballero.

TODOS LOS AÑOS, la víspera del solsticio de invierno, el rey reunía a sus nobles en el castillo de Normont para conmemorar el aniversario de su coronación.

Había sido así desde que se tenía memoria. Todos los reyes de Nortia habían ascendido al trono en el solsticio de invierno, incluso si sus predecesores fallecían en cualquier otro momento del año. Por ello, con el tiempo, la celebración se había vuelto cada vez más festiva y menos solemne. Había justas durante el día, y un gran banquete con música y danza por la noche. Los barones del rey acudían con sus familias y sirvientes, por lo que, durante un par de jornadas, el castillo era un auténtico hervidero de gente.

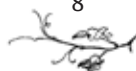
También en la ciudad se respiraba un ambiente especial. Comerciantes de todas partes acudían a Normont aprovechando el momento, y en torno al castillo se formaba siempre un colorido y animado mercado.

Viana y su padre, el duque Corven de Rocagrís, nunca habían faltado a la fiesta del solsticio de invierno, ni siquiera el año en que se presentaron de luto riguroso por

la muerte de la duquesa. Pero de aquello hacía ya mucho tiempo, y los malos recuerdos parecían haber quedado atrás. Ahora, Viana llegaba a Normont llena de ilusión porque sabía que, la próxima vez que sus ojos contemplaran las torres desde el recodo, en primavera, sería para casarse con su amado Robian.

Ambos habían nacido el mismo día, pero aquí se acababa el parecido entre ellos: Viana de Rocagrís había visto la luz de su primer amanecer en cuanto abrió los ojos, grises como el alba, y su pelo era del color de la miel más exquisita. Pero no pareció impresionarle demasiado el hecho de nacer, ya que pasó el resto del día durmiendo, y con el tiempo demostró ser un bebé dócil y somnoliento que dedicaba encantadoras sonrisas a todo el mundo. Robian de Castelmar, por el contrario, había llegado al mundo horas más tarde, cuando la noche ya se abatía sobre la tierra, y era un chiquillo inquieto y llorón, con una indomable mata de pelo castaño que con los años se encresparía, enmarcando un rostro afable y apuesto. Los padres de ambos eran buenos amigos, y habían combatido juntos en las guerras contra los bárbaros. Sin embargo, y aunque todo el mundo lo daba por hecho, no se habló de boda hasta después de que la madre de Viana muriera.

En aquel solsticio de invierno en el que Viana y su padre habían ido a la corte vestidos de luto, este había confesado que se veía incapaz de tomar otra esposa que sustituyera a su adorada Sidelia. Como no tenía hijos varones ni intención de engendrarlos con otra mujer, la opción más



lógica era comprometer a Viana con el joven Robian y unir así los dominios de ambas familias.

Viana recordaba aún el momento en el que el rey Radis había dado su beneplácito al compromiso. Sus ojos habían buscado los de Robian, que se alzaba junto a sus padres, muy serio, al otro lado de la sala. Pero él le sonrió cálidamente al sorprender su mirada, y Viana se ruborizó al sentir de pronto como si un centenar de mariposas echaran a volar a la vez en el interior de su pecho, rozando su corazón con alas luminosas.

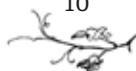
Y todo ello a pesar de que no era aquella la primera vez que se veían. Habían jugado juntos desde niños y compartido risas y confidencias, con una intimidad que en cualquier otra circunstancia habría resultado inadecuada entre dos jóvenes de distinto sexo. Pero sus progenitores habían alentado aquella amistad, previendo que con el tiempo se convertiría en algo más.

A Viana no le importaba que su futuro matrimonio con Robian fuese concertado. Al contrario, se sentía increíblemente afortunada. Su amiga Belicia, hija de los condes de Valnevado, solía bromear al respecto, vaticinando que, mientras Viana disfrutaría de las atenciones de un esposo joven y guapo, a ella la casarían con un caballero viejo y artrítico. Viana no podía menos que darle la razón. Además, ambos estaban profundamente enamorados. De hecho, Robian le había confesado en más de una ocasión que, si sus padres no los hubiesen comprometido, él mismo la habría secuestrado para casarse con ella.

La joven sonrió, recordando todos los momentos maravillosos que habían pasado juntos. Cuando su palafrén traspasó las puertas del castillo de Normont, su corazón se aceleró al preguntarse si Robian y su familia habrían llegado ya. Pero se comportó como toda una dama, serena y regia, cuando ella y su padre desmontaron en el patio y acudieron con sus servidores más cercanos al salón del trono para rendir pleitesía a la familia real. Después se reunieron con los demás nobles en la explanada donde se iban a celebrar las justas. El campo presentaba un aspecto magnífico: todo, desde las tiendas de los participantes a los cadalsos en los que se situarían los espectadores, proclamaba la riqueza y prosperidad de Nortia. Más allá se extendía el mercado; Viana no tenía permiso para mezclarse con la plebe, pero en una ocasión, ella y Belicia lo habían visitado en secreto, y la joven había quedado prendada de aquel mundo tan diferente al suyo. En aquel momento, sin embargo, las columnas de humo, los penetrantes olores y los toldos multicolores no le llamaron la atención. Sus ojos buscaban a Robian entre la multitud, pero fue Belicia quien corrió hacia ella con los ojos brillantes.

—¡Viana! ¡Viana! —la saludó, tomándola de las manos—. ¡Qué alegría verte de nuevo! ¿Has visto al príncipe Beriac? ¡Está más apuesto que nunca!

Viana sonrió. Cuando eran niñas, ambas solían soñar con un futuro brillante: Viana se casaría con su amado Robian, y Belicia sería la elegida del príncipe Beriac, que la convertiría en princesa de Nortia, y después, en su reina.



Ambas sabían que eso no iba a suceder jamás, y que Beriac se casaría con la hija del rey de algún lejano país. Pero en secreto seguían llamando al príncipe «el futuro esposo de Belicia», y Viana sospechaba que su amiga estaba de verdad enamorada de él, aun sabiendo que Beriac jamás podría corresponderla.

Viana admiraba la entereza de Belicia y la forma en que fingía que todo aquello no era más que un juego.

–¡Y va a participar en la justa, Viana! –siguió parlotando–. Seguro que este año me pide una prenda. «Otorgadme vuestro favor, mi dama, y con él venceré en esta batalla» –recitó, imitando la voz del príncipe–. «Oh, por supuesto, mi señor, derrotad a vuestros enemigos por mí» –concluyó con tono afectado, extendiendo ante ella un pañuelo de encaje como si se lo ofreciera a un pretendiente invisible.

Viana se echó a reír y las dos se abrazaron, emocionadas por estar juntas otra vez. Los territorios de sus respectivas familias se encontraban demasiado lejos como para que pudiesen verse a menudo, y los mensajeros no llevaban sus cartas con la celeridad que ellas habrían deseado. Y, aunque Belicia había pasado el verano en Rocagrís, a ambas les parecía que había transcurrido mucho tiempo desde entonces.

–He visto a Robian en el patio delantero –le confió Belicia con una sonrisa traviesa–. Iba de camino a las caballerizas.

El corazón de Viana empezó a latir como un corcel desbocado.

–Anda, ve –la animó su amiga–. Nos encontraremos después, en el palco.

Viana corrió hacia las cuadras, ante los gestos de desaprobación de algunas viejas damas y la mirada benevolente de su padre.

Se topó con Robian cuando este salía de los establos, y se lanzó literalmente a sus brazos. El muchacho la sujetó por la cintura y la alzó en volandas, ante las exclamaciones de sorpresa de Viana. Después la tomó de la mano y tiró de ella hasta llevarla a un rincón más apartado, lejos de miradas indiscretas.

–¡Viana! –exclamó, con los ojos brillantes de alegría–. ¡Cómo te he echado de menos!

–Y yo a ti –susurró ella.

Los dos se fundieron en un beso apasionado. A Viana no le importó que Robian oliese a sudor, a cuero y a caballo; había cabalgado desde muy lejos para llegar hasta allí.

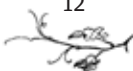
–Es extraño –le dijo–. Tengo la sensación de que pasábamos más tiempo juntos cuando éramos niños que ahora que estamos prometidos.

–Entonces las cosas eran más sencillas –respondió Robian con un suspiro pesaroso–. Pero ya soy casi un caballero, y tengo responsabilidades en Castelmar. He de aprender a administrar el dominio porque, algún día, será mío.

–De los dos –corrigió Viana, radiante de felicidad al pensar, una vez más, en su futura vida en común.

Robian asintió, sonriente.

–Pero después de la boda... estaremos juntos para siempre –le prometió.



La muchacha hundió los dedos en el cabello rizado de Robian y, sin poder resistirse a la tentación, lo besó de nuevo. Él rio, sorprendido por su audacia, pero correspondió a su beso.

Y justo entonces sonaron las trompetas llamando a las justas. Robian suspiró y se separó de su prometida, contrariado.

–Ve –lo animó ella–. Es tu oportunidad para demostrar a todo el mundo que mereces ser armado caballero.

El muchacho sonrió. Ambos sabían que tendría que hacerlo muy mal en las justas para que el rey cambiase de idea al respecto. Aquella tarde, el príncipe Beriac recibiría las armas, y otros jóvenes, entre los que se encontraba Robian, serían armados junto a él.

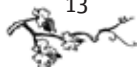
Viana lo despidió con un último beso y luego se reunió con Belicia en el palco. Allí saludó también a la duquesa de Castelmar, su futura suegra, y a Rinia, la hija de esta, de seis años. Ambas estaban muy pendientes del torneo, en el que participarían Robian y su padre, el duque Landan.

No tardó en dar comienzo la competición. Viana ató una prenda a la lanza de Robian cuando este se lo pidió, y lo vio marchar, admirando el magnífico porte que presentaba a caballo.

El príncipe Beriac pidió el favor de la reina, para desencanto de Belicia.

–Bueno, no es tan grave –le cuchicheó a Viana–. Mientras sea su madre y no una princesa cualquiera...

Las dos rieron discretamente.



Todos disfrutaron mucho de aquella jornada. Robian tuvo una actuación extraordinaria, e incluso llegó a golpear al príncipe en el último encuentro. Y, para finalizar, el mismo rey Radis se hizo armar para romper una lanza con su hijo. Fue uno de los duques del sur quien se alzó con la victoria en el torneo, pero los jóvenes lo habían hecho muy bien; el rostro de Viana resplandecía de orgullo al contemplar a Robian, y no dejaba de repetirse que era muy afortunada.

–Ah, sí, ha sido una buena justa –afirmó el duque Corven–. Pero los combates eran mucho más emocionantes en la época del conde Urtec.

–¿Quién es el conde Urtec? –preguntó Viana con curiosidad.

–Era el mejor guerrero que ha tenido nunca Nortia –respondió su padre, complacido por su interés–. Fue el maestro de armas del rey y se convirtió en su mano derecha en las guerras contra los bárbaros. De eso hace ya mucho tiempo, y en aquel entonces, nuestro soberano era muy joven. Quién sabe lo que habría pasado si no hubiese tenido a Urtec de Monteferro a su lado para guiarlo en aquella época oscura –añadió, bajando un poco la voz.

–Ah –respondió Viana impresionada–. ¿Y qué ha sido del conde Urtec?

El duque entornó los ojos.

–Murió –dijo simplemente; había tal poso de amargura en su voz que Viana no se atrevió a preguntar más.

La celebración continuó en el interior del castillo. El príncipe Beriac y los jóvenes nobles fueron armados caba-



llos al caer la tarde en una solemne ceremonia. Viana contempló a Robian mientras se ceñía una espada que había pertenecido a su abuelo y se inclinaba ante el rey para recibir su bendición. Aquello era un paso más en el camino de su futura felicidad: oficialmente, Robian era ya un hombre y, como tal, podía tomar esposa.

Viana sabía que no tendría oportunidad de acercarse a su prometido hasta el momento de la danza. Pero eso sería después de la cena, en la cual las damas se sentarían en una parte de la estancia, y los caballeros, en otra.

Viana tomó asiento junto a Belicia y la madre de esta. Pronto, los criados empezaron a traer platos, mientras los invitados del rey comentaban con alegría los sucesos de la jornada y el vino corría generosamente. Se sirvieron pastelillos de piñones, crema de guisantes, perdices escabechadas, cochinitos asados, potaje, cordero a la miel... Cuando sacaron el guiso de carne de buey, Viana estaba tan llena que dejó de prestar atención a la cena para charlar con Belicia; las dos contemplaban disimuladamente a los jóvenes caballeros aparentando disfrutar de la música que amenizaba la velada.

Robian y Viana intercambiaban miradas repletas de ternura, y tuvieron que soportar por ello las burlas cariñosas de sus compañeros, pero a ninguno de los dos le importó. Ambos ardían en deseos de que comenzara el baile para estar juntos otra vez.

En aquel momento, entró en la sala un personaje vestido con ropas ajadas y estrafalarias, cuyo llamativo sombrero de colores repiqueteaba con docenas de cascabeles a cada



paso que daba. El hombrecillo se plantó ante el rey y le dedicó una ostentosa reverencia en la que la punta de su nariz casi rozó el suelo.

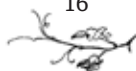
–Saludos, majestad, señor y monarca de las tierras del norte –dijo, con una voz serena y solemne que contrastaba con su disparatado atuendo.

Nadie se burló de él, sin embargo. Por el contrario, los nobles celebraron su llegada con vítores y aplausos. Viana también batió palmas, encantada.

Todos conocían a Oki, el juglar, y lo respetaban profundamente porque, pese a su aspecto chistoso y sus modales festivos, nadie sabía tantas historias y canciones como él, ni las interpretaba de igual modo. Oki no pertenecía a la corte del rey Radis; en realidad, Oki no pertenecía a ningún lugar. Distaba mucho de parecerse a los estúpidos bufones que entretenían a otros monarcas con payasadas. Oki era un espíritu libre que viajaba de un lado para otro aprendiendo historias; tenía algo de pícaro, algo de comediante, algo de explorador, algo de brujo y algo de mercader. Había quien decía, incluso, que su baja estatura y sus ojillos vivaces sugerían que algunas gotas de sangre de duende corrían por sus venas, pero nadie habría podido decir con seguridad si era cierto o se trataba de un cuento más, inspirado en las leyendas que él mismo relataba.

Oki no rendía cuentas a nadie y, sin embargo, nunca se perdía las celebraciones del solsticio de invierno.

–¡Cuéntanos historias de la batalla de Piedrafría, Oki!
–bramó uno de los guerreros.



–¡No! –lo contradijo otro–. ¡Mejor cántanos los himnos del héroe Lorgud y sus siete bravos compañeros!

–¡Este año toca una balada de amor, Oki! –intervino Belicia con picardía–. ¡Cuéntanos del valiente príncipe Eimon y de la dulce doncella Galdrid!

Un sonoro coro de carcajadas acogió su petición, mientras Viana sentía que se ruborizaba: todos sabían que la historia de Eimon y Galdrid era un relato muy picante.

Pero Oki alzó una mano con seriedad, y se hizo el silencio de inmediato.

–Mis señores –dijo–. Mis hermosas damas –añadió, con una galante inclinación hacia la reina y el resto de mujeres–. Hoy hay luna nueva. Es noche de brujas y espantos, de milagros y maravillas. No es, pues, una historia de amor o de batallas lo que he venido a relatar aquí.

Inspiró profundamente, volvió a colocarse el sombrero y alzó su viejo bastón con gesto teatral. Hasta el rey estaba pendiente de cada una de sus palabras.

–No –prosiguió Oki–. Hoy ha llegado el momento de hablar de los misterios del Gran Bosque.

Hubo un murmullo de temor entre los comensales. Viana reprimió un escalofrío.

El Gran Bosque se extendía por toda la zona occidental de Nortia y delimitaba el reino, de la misma forma que el océano establecía la frontera oriental. En los mapas era una inmensa mancha oscura que se sabía dónde comenzaba, pero no dónde terminaba. Nadie que se hubiese atrevido a explorarlo había regresado para contarlo. Según las leyendas, todo tipo de monstruos y extrañas criaturas



recorrían sus umbríos senderos. El Gran Bosque, se decía, era refugio de trols y de trasgos, de brujos y hechiceras, de hadas y elfos, de espectros y fantasmas. Se cernía, silencioso, como una sombra amenazadora en el horizonte de Nortia, y era un territorio ignoto e incómodo al que los sucesivos monarcas del reino habían dado la espalda, fingiendo que no existía, como si de una infranqueable cadena de montañas se tratase. Nadie hablaba del Gran Bosque, como no fuera para asustar a los niños pequeños con historias de terror que se relataban a la luz de la lumbre. Todos los muchachos habían fanfarroneado alguna vez con la posibilidad de internarse en él y desvelar sus misterios, pero ninguno había osado pasar más allá de la tercera fila de árboles. Era, sencillamente, demasiado espeso e impenetrable.

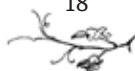
–¿Qué vas a contarnos acerca del Gran Bosque? –preguntó el rey Radis, y su voz sonó un poco más áspera de lo normal.

Oki sonrió enigmáticamente, sin sentirse en absoluto cohibido por el tono amenazante del rey.

–Una historia, oh gran señor, que se gestó en el amanecer de los tiempos, cuando aún no había reyes ni reinas, cuando las más grandes ciudades no eran más que humildes aldeas asentadas en el barro.

Radis pareció relajarse un tanto y se recostó en su sillón. Parecía pensar que nada tan antiguo podía llegar a afectarle a él o a su reinado.

–En aquel entonces –prosiguió Oki, y Viana tuvo la sensación de que habría continuado de todas formas, aun



sin el permiso tácito del rey-, Nortia no existía como tal, pero el Gran Bosque ya era el Gran Bosque. Sin embargo, las personas no lo sabían, porque aún no habían llegado hasta él. Habitaban en tierras más meridionales, de clima benigno, de largos veranos y suaves inviernos.

»Pero un día, a finales del otoño, un viajero cruzó por primera vez el turbulento río Piedrafría y se adentró en las anchas llanuras que hoy conforman vuestro reino. Se trataba del último vástago de un clan que había sido destruido por sus rivales. Mientras él siguiera con vida para reclamar su herencia, sus enemigos no dejarían de buscarlo, y por esta razón se había visto obligado a escapar a un lugar donde nadie pudiera encontrarlo, lejos de toda tierra conocida, más allá de los límites que señalaban los mapas. Tenía ante sí un futuro incierto, pero dejaba atrás una muerte segura, y por eso no vaciló en vadear el río y proseguir su camino hacia el mundo frío e inhóspito que lo aguardaba al otro lado.

»Ciertamente, era un hombre intrépido, pero no un loco; por eso se detuvo al borde del Gran Bosque y contempló con temor las altas copas de los árboles, las sombras imposibles que bailaban en la espesura, el laberinto de sinuosas sendas que se perdían en la oscuridad. No osó internarse en él, aunque sospechaba que sus enemigos jamás lo encontrarían allí. Resolvió, por el contrario, proseguir su camino hacia el norte rodeando el Gran Bosque –probablemente, fue él el primero que lo llamó de este modo– y buscar fortuna en tierras más septentrionales.

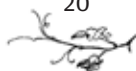


»Acampó, pues, al borde de la espesura, decidido a no dejarse atemorizar por los extraños sonidos que surgían de ella. Tomó una cena frugal y curó sus pies llagados de tanto caminar, y cuando ya se disponía a echar una cabezada antes de continuar su huida... hete aquí que se le acerca una figura encorvada desde la oscuridad.

Un murmullo de inquietud recorrió la sala. Oki dejó que su audiencia se hiciera preguntas sobre la identidad del misterioso visitante, pero solo durante un momento. Después prosiguió, imitando con gran acierto las voces de sus personajes:

–«¿Quién va?»... «Solo una pobre anciana que se ha perdido por estos parajes, mi señor»... «¿Y de dónde vienes, mujer?»... «Oh, no de muy lejos, señor, no de muy lejos... Pero tengo hambre y frío. ¿Me permitiríais compartir vuestro fuego y vuestro pan por una noche?». El viajero dudó de las palabras de la mujer, porque sospechaba que no había ninguna aldea cerca. Sin embargo, movido a compasión, aceptó finalmente a la anciana junto a su fuego y le tendió un mendrugo de pan y el poco queso que le quedaba. Después de tanto tiempo huyendo en solitario, agradecía un poco de compañía humana, aunque fuera la de una vieja repulsiva como aquella.

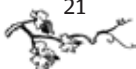
»Porque, en efecto, nobles amigos, la anciana era indescriptiblemente fea –subrayó Oki ante los gestos espantados de su auditorio–. Su rostro arrugado estaba lleno de verrugas, su nariz era peluda y ganchuda y estaba tuerta de un ojo. Apenas unos cuantos cabellos grises y desgredados adornaban su cabeza, y su cuerpo, seco



y raquítico como una pasa, se mostraba horriblemente torcido. La vieja sonrió, mostrando sus únicos cuatro dientes, al contemplar la expresión asqueada de su benefactor. «La vida no me ha tratado bien, mi señor», le dijo. «Y espero no estar abusando de vuestra generosidad si os pido que me permitáis tenderme a vuestro lado esta noche...».

—¡Entonces sí era una historia de amor! —exclamó de pronto Belicia, arrancando una carcajada de la concurrencia. Pero se calló enseguida, cuando Oki la fulminó con la mirada. Había olvidado algo muy importante acerca del gran juglar: detestaba que lo interrumpieran.

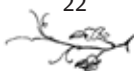
—«... si os pido que me permitáis tenderme a vuestro lado esta noche —continuó Oki cuando las risas se apagaron—, porque hace mucho frío y mis pobres huesos me duelen mucho». El viajero iba a negarse, pero de nuevo se sintió conmovido. «Haz lo que quieras, mujer», dijo; se envolvió en su capa y se echó junto al fuego. Pronto sintió que la vieja se acurrucaba a su espalda; oía su dificultosa respiración, sentía sus cabellos haciéndole cosquillas en la nuca y hasta podía oler su aliento putrefacto. Sin embargo, no dijo nada. Cerró los ojos con fuerza, se arrebujó todavía más en su manto y trató de dormir. Le resultó difícil, porque la mujer no dejó en toda la noche de roncar, toser y lanzar ventosidades. Pero nuestro fatigado caminante no tuvo valor para echarla de su lado, pues la noche era en verdad muy fría. Por fin, se durmió cuando faltaban ya pocas horas para el amanecer.



»Cuando se despertó, cansado y entumecido, no vio a la vieja por ningún sitio. Desconcertado, recogió sus cosas y fue a asearse al arroyo. Y cuál no sería su sorpresa cuando, al asomarse al agua, vio en su reflejo el rostro de una joven extraordinariamente bella que le sonreía alentadoramente. «¿Quién sois vos, hermosa doncella, y qué hacéis dentro del agua? ¿Sois acaso una visión o un delirio de mi extenuada mente?». «Soy», respondió ella, «la vieja a la que tan amablemente disteis cobijo anoche».

Los comensales no pudieron reprimir exclamaciones de sorpresa. Viana, en cambio, había anticipado aquel desenlace. Su madre le había relatado muchos cuentos populares cuando era niña, y en algunos de ellos los seres mágicos se presentaban ante el héroe bajo apariencia humilde para probar la bondad de su corazón. «Ahora le ofrecerá un premio por su compasión», se dijo.

–El caminante no podía creer las palabras de aquella hermosa mujer –continuó Oki–. «Pero ¿cómo es posible que hayáis cambiado tanto de la noche a la mañana?», le preguntó. Ella rio, como ríe el arroyo cuando baja desde las altas montañas. «Porque las cosas no son nunca lo que parecen, mi buen amigo. Especialmente aquellas que surgen del corazón de este bosque. Y puesto que habéis probado ser bueno y fiel a vuestra palabra, os otorgaré un don que os ayudará a libraros de esos enemigos que os persiguen». El viajero pensó que, sin duda, una dama capaz de cambiar de aspecto de forma tan sorprendente debía de tener maneras de saber aquello que él no le había contado. Tal vez fuera un hada o una hechicera. Tal



posibilidad lo inquietó; pero se sentía tan cautivado por sus hermosos ojos verdes que no expresó ningún temor. «¿Cómo podrá ser eso, mi señora?», quiso saber. Los ojos de ella se oscurecieron un poco y su expresión se tornó grave, pues estaba a punto de desvelar uno de los secretos mejor guardados del Gran Bosque. «Debéis ser valiente», le dijo, «y viajar al corazón de este bosque, hasta el lugar donde los árboles cantan, donde ningún ser humano ha llegado jamás. Allí encontraréis el legendario manantial de la eterna juventud. Si bebéis de sus aguas, seréis invulnerable para siempre». El viajero se sentía maravillado, pero al mismo tiempo un tanto escéptico. «¿Cómo sé que es cierto lo que me contáis, mi dama? Vos misma habéis afirmado que se trata de una leyenda». Pero ella solo respondió: «Tened fe, mi buen amigo, y recordad que las cosas no son siempre lo que aparentan». Y, con estas palabras, desapareció.

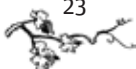
Oki calló de pronto. Su público aguardó un instante, pero, como él no continuó hablando, el rey preguntó:

–¿Y ya está? ¿Es ese el final de la historia?

–¿Qué sucedió con el viajero? –quiso saber el príncipe Beriac–. ¿Encontró el manantial de la eterna juventud?

Oki le dedicó una mueca que podría haber sido una sonrisa.

–Eso lo ignoramos, alteza –respondió–, porque nadie ha seguido sus pasos desde entonces. Dice el cuento que sus enemigos no lograron darle caza jamás, pero no aclara si fue porque se había vuelto invulnerable o si, por el contrario, se debió a que no salió vivo del Gran Bosque.



–Entonces –se atrevió a preguntar Viana con timidez–, ¿la dama lo engañó para que siguiera un camino equivocado?

Los ojillos de Oki contemplaron a la muchacha con aprobación.

–Tal vez –admitió–, pues es bien sabido que uno no debe fiarse de los regalos envenenados de las hadas.

El rey gruñó algo y se removió en su asiento, incómodo. Parecía claro que el final del relato lo había decepcionado. Sin embargo, ni siquiera él osó cuestionar al gran Oki; cabeceó, conforme, y elogió su actuación con una salva de aplausos. El resto de los comensales lo imitaron, y el juglar lo agradeció con una reverencia.

–Siéntate a compartir nuestra mesa, Oki –lo invitó el rey, como hacía todos los años.

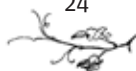
Y, también como todos los años, Oki declinó la propuesta.

–Me siento muy honrado por vuestra majestad, pero, si no es molestia, preferiría comer con la servidumbre.

El rey no se ofendió. Antes que él, su padre había hecho el mismo ofrecimiento y recibido idéntica respuesta año tras año. De hecho, si algún día Oki aceptaba la invitación, él mismo sería el primer sorprendido.

–Retírate, pues, con nuestro beneplácito –dijo–, y que se te sirva en las cocinas todo aquello que precises para saciar tu apetito, porque hoy, amigo Oki, te lo has ganado.

También esta era una fórmula ritual, pero Viana intuyó que el rey no la pronunciaba de corazón; al menos, no aquella noche.



Oki volvió a inclinarse ante los nobles y abandonó la sala entre los vítores de los comensales. Viana pensó, con pena, que no volverían a verlo hasta el año siguiente.

Cuando el sonido de las campanillas del juglar se apagó, el rey dio una palmada sobre la mesa.

–Y ahora –anunció–, continuaremos con el banquete. ¡Que suene la música!

–No –interrumpió una voz áspera desde la entrada–. Que no suene. No aquí. No hoy.

Todos los comensales se volvieron, atónitos, hacia la puerta, por la que entraba un hombre de rasgos duros y afilados, cabellos negros, que ya plateaban en las sienes, y mirada de halcón. Viana lo observó con sorpresa, preguntándose quién sería, ya que no recordaba haberlo visto nunca en la corte, y se estremeció al descubrir que le faltaba una oreja; un recuerdo, quizá, de alguna de las muchas batallas que parecía haber librado. Su porte era noble y orgulloso, pero vestía desgastadas ropas de cuero, más propias de un cazador o de un montaraz. Llevaba una espada al costado, pero también un arco y un carcaj al hombro.

–¡Lobo! –aulló el rey Radis, furioso–. ¡Cómo te atreves a interrumpir de esta manera la celebración del solsticio!

Viana miró a Robian, pero este estaba pendiente del recién llegado, igual que el resto de los invitados.

–He oído hablar de él –le susurró Belicia al oído–. Posee una tierra yerma al pie de las Montañas Blancas y vive en un torreón que parece un nido de cuervos. En realidad,



dicen que fue un cuervo el que le arrancó la oreja izquierda de un picotazo.

–¿Y por qué vive allí? –quiso saber Viana.

Belicia no tuvo tiempo de responder, ya que Lobo, que no parecía en absoluto afectado por la cólera del monarca, declaró con gravedad:

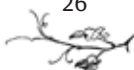
–Mi rey, no es tiempo de celebraciones. Vengo de las fronteras septentrionales del reino, de más allá de las Montañas Blancas, y no traigo buenas noticias: los pueblos bárbaros han vuelto a unirse.

La sala se llenó entonces de murmullos de consternación. Viana palideció; no sabía gran cosa acerca de los clanes bárbaros, puesto que ella aún no había nacido cuando la última guerra los expulsó definitivamente de Nortia, pero sí estaba al tanto de que habían sido los más terribles enemigos del reino en muchas generaciones.

–Que se unan, si es lo que quieren –declaró Radis con orgullo–. Volveremos a derrotarlos y a echarlos de aquí como a perros, igual que hicimos antaño. Ese no es motivo para estropear la fiesta, Lobo.

El hombre llamado Lobo esbozó una media sonrisa llena de amargura.

–No os dejéis confundir por los ecos de la gloria de antaño, mi señor. Esta vez es diferente. Tienen un nuevo caudillo, uno que se llama a sí mismo «rey» y que, según dicen, jamás ha perdido una batalla. De las heladas estepas acuden más y más clanes a unirse a él, y han conformado una fuerza poderosa y terrible. Afirman los rumores, además, que su nuevo señor no tiene intención



de detenerse aquí; ha prometido a su gente que, cuando haya conquistado vuestro reino, seguirá hacia el sur, más allá del Piedrafría, para someter bajo su yugo a las tierras meridionales. Resuenan ya los tambores de guerra en las estribaciones de las Montañas Blancas; si aguzáis el oído, majestad, incluso podréis escucharlos desde aquí.

Los hombres del rey expresaron su opinión al respecto en un caos de juramentos, exclamaciones de ira e insultos hacia los bárbaros. Pero fue la voz de la reina la que se alzó por encima de las demás:

–¡Caballeros, que hay damas presentes!

Ellos refrenaron su lengua, pero sus ánimos no estaban ni mucho menos calmados.

–¡No podemos permitir que los bárbaros vuelvan a cruzar las montañas!

–¡Y no lo haremos, por el honor de Nortia!

–¡Por el honor de Nortia! –bramaron todos.

Viana se había encogido en su asiento. También Robian había participado en aquel juramento, tan resuelto a luchar como cualquiera de los guerreros del rey. Un oscuro temor empezó a formarse en el fondo de su corazón, pero, antes de que pudiera manifestarlo de alguna manera, el rey lo hizo por ella:

–Está decidido, pues –declaró–. Señores, cuando terminen las celebraciones del solsticio, todos y cada uno de los caballeros a mi servicio regresarán a sus tierras y reclutarán a su gente, y formaremos un ejército que plantará cara a los bárbaros cuando llegue la primavera.



Los nobles rugieron mostrando su acuerdo; Viana, sin embargo, no podía dejar de pensar en sus planes de boda, y en si se verían alterados de alguna forma. Notó entonces la mano de Belicia sobre su brazo.

–Lo siento mucho –susurró su amiga, y Viana comprendió que no se casaría con Robian en primavera... porque él acababa de ser armado caballero y tendría que partir a la guerra junto a su padre, como todos los nobles que habían jurado fidelidad al rey de Nortia.

–Pero... –empezó.

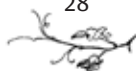
Sin embargo, no pudo terminar la frase, porque la voz de aquel hombre al que habían llamado Lobo retumbó en la sala:

–¡En primavera será demasiado tarde! ¡No hay tiempo para los preparativos, ni tampoco para las celebraciones! ¡Debemos ponernos en marcha ya, y tal vez los frenemos antes de que crucen las montañas!

Algunos de los caballeros se burlaron de su pretensión. Viana miró a su padre de reojo y descubrió que él, al contrario que los demás, mostraba una expresión grave.

–¿Acaso no sabes qué día es hoy, Lobo? –exclamó el padre de Robian, y varios nobles se rieron a mandíbula batiente ante algo que les resultaba obvio-. Pronto caerán las primeras nieves, y es bien sabido que el invierno no es tiempo de guerra.

–¡Poco les importan las nieves a los bárbaros, Landan de Castelmar! –replicó Lobo con un gruñido-. Viven en las tierras de los hielos perpetuos. El invierno no los detendrá.



–Jamás podrán cruzar las Montañas Blancas en esta época del año –concluyó el rey Radis con rotundidad–. No seas pájaro de mal agüero, Lobo, y regresa a tu torreón. Sabes que no estás invitado a las celebraciones del solsticio, pero, ya que te has tomado la molestia de venir hasta aquí, quédate si quieres a cenar antes de emprender el viaje de vuelta. Verás pasar a nuestro ejército camino del norte en primavera, y entonces reconocerás que tus temores eran infundados y te arrepentirás de haber estropeado la fiesta esta noche.

Lobo sacudió la cabeza.

–Lo lamentarás, Radis –masculló–. Lo lamentarás.

Viana se quedó asombrada ante su insolencia. ¿Cómo osaba tutear a su soberano? El rey, sin embargo, apretó la mandíbula, pero no dijo nada. El resto de los nobles contemplaron a Lobo con expresión sombría mientras este daba media vuelta y abandonaba la sala, rezongando entre dientes.

–¿Entiendes ahora por qué vive tan lejos de la corte? –dijo Belicia cuando Lobo se hubo marchado–. Es evidente que está loco.

Viana tuvo lástima de él, y al mismo tiempo se sintió inquieta. ¿Y si tenía razón? ¿Y si en primavera ya era demasiado tarde para frenar a los bárbaros? Trató de apartar aquellos pensamientos oscuros de su mente. Quizá los rumores de los que hablaba Lobo no fueran otra cosa que rumores, y tal vez no hiciera falta que los caballeros del rey partieran a la guerra en primavera. Y, en cualquier caso, nada aseguraba que Robian tuviera que marcharse también.

Enseguida volvió a sonar la música, y los sirvientes comenzaron a sacar más platos a la mesa. Sin embargo, a la hora del baile, la muchacha vio que su prometido estaba más serio de lo habitual. Se sentaron juntos durante uno de los descansos, y Viana le preguntó sobre la guerra contra los bárbaros.

–¿Tendrás que ir a luchar?

El joven afirmó con la cabeza.

–Ahora soy un caballero del rey, Viana. Le he jurado fidelidad, y mi espada debe servirle allí donde él la requiera.

Viana tragó saliva. Robian sonrió al ver su expresión abatida.

–Pero no sufras por mí –prosiguió–. Hemos derrotado a los bárbaros en otras ocasiones, y lo haremos de nuevo ahora. Mira cuántos guerreros tiene Nortia, entre soldados y caballeros. Somos mejores; poseemos buenas armas y hemos sido entrenados en la lucha desde niños. Cuando nos reunimos, formamos un ejército poderoso y bien organizado. Nada pueden hacer contra nosotros esos salvajes.

Viana sonrió también, alentada por su confianza. Robian le tendió de nuevo la mano para sacarla a bailar la siguiente pieza.

Y Viana bailó y bailó, olvidando los cuentos de Oki sobre el Gran Bosque y las historias de Lobo acerca de la amenaza que procedía del norte.

Pero aquella noche, alojada en una habitación del ala de invitados del castillo, soñó con bárbaros aullantes



y viejas hechiceras. Al despertarse sintió frío, y al mirar a través de la ventana descubrió que había nevado sobre Normont.

Vio volar un cuervo negro sobre las montañas y se estremeció, porque le parecía que se trataba de un mal presagio.

